



CON «CHOCOLATE» SE NOS FUE GRAN PARTE DE LA PUREZA FLAMENCA

JUAN DE LA PLATA

CÁTEDRA DE FLAMENCOLOGÍA

Se nos ha muerto el mejor, tal vez el número uno de los cantaores gitanos de los últimos tiempos. Antonio Núñez Montoya «Chocolate», jerezano, al que la Cátedra de Flamencología concedió su Premio Nacional de Honor a la Maestría, en

«Chocolate» era el último baluarte que le quedaba al cante gitano andaluz. Era toda una leyenda viva del cante y de la propia gitanería. Porque el jerezano Antonio Núñez, vivía y ejercía, en artista y en gitano, las veinticuatro horas del día. Con él se nos va gran parte de la pureza flamenca, esa que incluso algunos grandes artistas de su misma raza, desprecian ya por caduca y porque, según dicen, no da dinero. Como si el cante jondo auténtico, el de toda la vida que se ha cantado en Andalucía, tuviera algo que ver con los millones que da lo fácil y chabacano, porque llena estadios de fútbol.

El cante es otra cosa. Es lo que cantaban Manuel Torre y Chacón, Terremoto y Mairena, Manolo Caracol cuando quería, y otros muchos. «Chocolate» era de los últimos que le quedaban a la fiesta más genuina. A sus nueve años de edad, ya cantaba en las reuniones más importantes de los cabales de la Alameda de Hércules sevillana, junto a maestros como El Gloria, Mojama, La Moreno, La Pompei y tantos otros; y recorriendo los pueblos, de feria en feria, cantando en los trenes. Hasta que fue dándose a conocer, con un sueldo fijo, en el cuadro flamenco del Casino de la Exposición de la capital de Andalucía. Y de ahí, a los festivales, a los tablaos, a los recitales en las peñas, a viajar por el mundo, siendo su más importante contrato el de cantar en el espectáculo «Flamenco Puro» presentado en Nueva York, en 1986.

Sin embargo, pese a cantarlo todo, «Chocolate» quiso especializarse en los cantes de su ídolo máximo, el inmortal Manuel Torre, del que bordaba como nadie los cantes por seguiriya y el taranto, convirtiéndose en su heredero más legítimo. Y así fue entregando su vida a su arte y su arte a su vida, con la conciencia más noble y honesta de cantaor gitano, fiel a su arte y a su raza, a su pueblo, y a su tierra natal, con una filosofía senequista que le hacía un ser admirable y admirado, único e irrepetible, como artista y como persona, cabal entre los más cabales.

«Chocolate», que conocía todos los secretos del cante jondo y flamenco, que sabía hasta ejecutar cantes hindúes y «cantar para atrás», como un disco puesto al revés, desde el final al principio, según le pudimos escuchar personalmente una vez, en Jerez, en una fiesta familiar, era la pureza viva flamenca, en persona, por antonomasia. Su memoria será imborrable y su cante siempre vivirá con nosotros, en la memoria de los buenos cabales, como uno de los mejores que hayamos podido escuchar, en nuestra larga vida de aficionado.